

A lit candle in a holder on a desk, with an inkwell and a pen nearby.

**2º Certamen
literario
de Jalance**

2015

**SEGUNDO CERTAMEN
LITERARIO DE JALANCE
2015**

Organiza:
Ayuntamiento de Jalance
Agencia de Lectura Municipal Vicente Llorens Castillo

<u>CATEGORÍA NARRATIVA</u>	5
LA COMANDANTA (<i>Primer Premio de la Categoría Narrativa</i>) Anónimo	6
MI PECULIAR SAN VALENTÍN CON LA DAMA DEL PIRINEO (<i>Segundo Premio de la Categoría Narrativa</i>) Lucas Francisco Marín Ruiz	13
LOS DÍAS. NO SÉ CUÁNDO... PERO LO SÉ Trinidad Martínez Ávila	20
UNA NOCHE MÁGICA Désirée Tejedor Yepes	28
<u>CATEGORÍA POESÍA</u>	32
¿QUÉ ES HERMOSO EN ESTE MUNDO? (<i>Primer Premio de la Categoría Poesía</i>) Désirée Tejedor Yepes	33
FIN DE LA HISTORIA (<i>Segundo Premio de la Categoría Poesía</i>) Miguel Silvestre Llamas	35
LA CASA DE SEGUNDO José Navarro Poveda	38
UN AMANECER EN JALANCE Miguel Silvestre Llamas	42
SONETO A MI NUEVO HOGAR Lucas Francisco Marín Ruiz	45
FLOR DE TERCIOPELO Encarna Tornero Gallego	47

LAS FIESTAS DE JALANCE	
Carmen Gozávez Pérez	49
VOY BUSCANDO	
Encarna Tornero Gallego	52

CATEGORÍA NARRATIVA

LA COMANDANTA

Primer Premio de la Categoría Narrativa

Anónimo

LA COMANDANTA

A pesar de haber cumplido los cuarenta, la comandanta era una mujer que llamaba poderosamente la atención de los hombres. Su voluptuosa figura dejaba a su paso un rastro de indómita sensualidad que la convertían inevitablemente en el centro de atención de todas las miradas y en objeto de un sinfín de comentarios lascivos por lo bajo.

El mismo día que nos conocimos me advirtió severamente y con toda claridad de cuales iban a ser mis obligaciones para con ella desde aquel momento. Debía obedecer sin rechistar y mostrarme absolutamente discreto con todo lo que viese u oyese en aquella, su casa, bajo amenaza de contarle a su marido mi insumisión o, peor aún, le mentaría diciéndole que había intentado sobrepasarme con ella, lo cual, como mínimo, daría con mis huesos en el calabozo para mucho tiempo.

Recién estrenados los veintiún años de vida, yo cumplía con mi servicio militar, entonces obligatorio, en un cuartel de la capital en el que llevaba apenas un par de semanas, tiempo suficiente para que, una vez constatada por el comandante del lugar mi destreza y habilidad para la albañilería, el bricolaje y las reparaciones de cualquier artilugio, fuese eximido por él mismo de toda obligación castrense y destinado a la brigada de mantenimiento de las instalaciones, debiendo estar disponible, además, para acudir a su propia casa cuando su esposa me requiriese para cualquier obra, reforma o reparación.

La primera vez que recibí el aviso de acudir, me presenté ante la comandanta de la forma más educada y cortés que supe. Ella, después de preguntarme secamente por mi nombre y lugar de

procedencia, pasó directamente a lanzarme las advertencias que al principio he mencionado y me condujo hasta el cuarto de la limpieza, mostrándome una lavadora cuyo funcionamiento, decía, era deficiente. Inmediatamente comprobé que solamente tenía un filtro obstruido por lo que, una vez solucionado el pequeño problema, busqué a la señora para comunicárselo.

Encontré a la comandanta en el salón, ataviada con una boina militar de su marido con una estrella de ocho puntas, distintivo de comandante, y una camisa de camuflaje medio desabrochada que apenas le cubría el sexo, no llevaba nada más. Sin más dilación me ordenó que me desnudase de cintura hacia arriba y que colocase mis manos en mi espalda, lo que obedecí vacilante. Cuando me tuvo en tan indefensa posición, comenzó a acariciar mis pectorales y a chupar mis pezones que por momentos se ponían duros, al igual que mi pene. Mi natural instinto de macho joven bramaba por agarrarla y poseerla allí mismo, pero cuando mis manos abandonaron la espalda y antes de que llegase siquiera a rozarla, me apartó de un empujón y me propinó una fuerte bofetada que casi me hace perder el equilibrio, advirtiéndome por última vez de las dramáticas consecuencias que para mí tendría desobedecer sus órdenes, por lo que volví de inmediato, sin rechistar, con la mejilla ardiendo y con el miembro ya descaradamente enhiesto, a la sumisa posición de inicio. Pude observar una sonrisa burlona de superioridad en sus labios antes de que los acercase lentamente para besarme con malsana pasión, frotando su libidinosa lengua contra la mía y pasándola después por mi mejilla, todavía caliente por el tortazo, mientras con su mano apretaba mi crecido pene, que a esas alturas pugnaba ya por salir del pantalón. Después se dedicó a recorrer lujuriosamente con sus manos y su boca, mi cuello y mis pezones, recreándose un momento en mi plano y musculoso abdomen. Por fin, mirándome desafiante con gesto posesivo, me desabrochó el cinturón y los botones de la bragueta hasta liberar mi verga dilatada y erguida, contemplándola un instante con sus preciosos ojos

verdes, que se abrieron ampliamente en señal de aprobación. Con un gesto de su mano mandó que me girase para observar primero con detenimiento mi cuerpo desnudo y después sobarme con lujuria la espalda, los muslos y el trasero, comprobando su consistencia con una sonora palmada. Me puso frente a ella apartándose unos pasos y fue desabrochando poco a poco los botones de su camisa, dejándola caer al suelo y mostrándome al completo su morbosa anatomía, sus perfectas curvas, sus pechos todavía firmes y bien moldeados y su sexo moderadamente velludo. Con otro gesto autoritario me ordenó que la siguiera y con paso firme me condujo hasta su alcoba donde, de un empujón, me tiró sobre la enorme cama conyugal boca arriba y aprisionó mis manos con unas esposas que por el otro extremo ya tenía cerradas a las barras metálicas del cabezal. Rápidamente saltó sobre mí como lo habría hecho sobre la grupa de un corcel y me cabalgó salvajemente; sus gemidos primero, sus gritos de placer después y sus exagerados espasmos finales me anunciaron que había alcanzado el clímax más intenso, tras lo cual, dejó caer pesadamente su cuerpo sudoroso y todavía jadeante sobre mi cara, dificultando seriamente mi respiración; cuando decidió incorporarse y después de observar satisfecha mi cómica cautividad, agarró con decisión mi erecto miembro, que ya estaba a punto de reventar y con unos pocos movimientos de su mano experta, liberó en intermitentes y potentes chorros mis líquidos seminales que finalmente fueron a caer sobre mi pecho y mi cara, para regocijo de la sátira comandanta. Después de soltarme las esposas me arrojó despectivamente una toalla para limpiarme y me ordenó que me vistiese y me largase, mientras ella se metía alegremente en la ducha.

Los días y meses siguientes fueron muy frecuentes los requerimientos de la comandanta con la excusa de cualquier reforma o avería, casi siempre inexistente, con la única intención real de aprovecharse de mi joven cuerpo y gozar de él intensamente con creciente perversión por su parte.

Si el comandante hubiese barruntado siquiera mis devaneos con su depravada mujer, aunque fuesen impuestos por ella, seguramente me la habría cortado en pedacitos y se los habría echado a los perros; mucha suerte tuve de que no fuese así, aunque a punto estuvo de serlo un día que volvió a su casa antes de lo previsto aquejado de malestar y fiebre alta. Tiempo justo tuve de recoger mi ropa y aplicar la poco imaginativa pero eficaz fórmula de salir por el balcón y descolgarme hasta un pequeño jardín que había debajo.

Por supuesto, tampoco podía desobedecer a la comandanta, aún sabiendo que para ella yo sólo era un juguete sexual de carne y hueso al que podía manejar a su antojo. Con el paso del tiempo más de huesos que de carne, porque me dejé algunos kilos de ésta última en mi afán por cumplir con sus sádicas exigencias.

A mi favor tenía la comprensión y profesionalidad de la asistenta, una buena mujer, reservada, laboriosa y diligente que se encargaba de las comidas y de la limpieza de la casa, esto último incluía borrar cualquier rastro de los copiosos efluvios corporales que la comandanta y yo íbamos desparramando por doquier, de forma que su marido no llegase nunca a sospechar de su colosal cornamenta.

La comandanta tenía preparado un guion diferente cada vez que requería mis servicios, con la sola excepción de su indumentaria, que invariadamente siempre era la misma, boina con estrella de ocho puntas y sexi camisa de camuflaje, sin nada más. Unas veces me ordenaba que le diera un masaje con aceites perfumados, actividad de la cual llegué a ser un experto, por cierto. Otras veces me tapaba los ojos y me hacía sufrir interminables minutos al borde del orgasmo, pero sin permitirme llegar a él. Algunos días, siempre siguiendo sus instrucciones, era yo quien la excitaba a ella valiéndome de alguno de los variados juguetes eróticos que guardaba en un armario. Otros, sencillamente le apetecía a la señora que nos masturbásemos mutuamente. Días hubo en los que, después de los consabidos preliminares de calentamiento, la

comandanta alcanzaba tal nivel de excitación, que se ponía a cuatro patas y me pedía que la poseyera en esa obscena posición con violencia, le tirase con fuerza del pelo y le insultase sin parar; pude comprobar que se me daba muy bien eso de insultarla. Ciertos días me ordenaba que me lavase el miembro minuciosamente, entonces yo ya sabía que tenía pensado hacerme una felación, variedad sexual que ella ejecutaba con maestría y lentitud, recreándose en la faena.

Algunas veces la comandanta se sentaba en el sofá con las piernas muy abiertas y me ordenaba caminar a gatas hacia ella con la lengua fuera, cuando me tenía a su alcance, agarraba bruscamente mi pelo y empujaba mi cabeza contra su coño, cuya topografía llegué a conocer a la perfección, exigiéndome que se lo lamiese. El coño de la comandanta olía al limpio aroma del jabón de ducha que ella usaba a diario y a una gota de fresco y delicado perfume que le gustaba ponerse en su vello púbico. Mi lengua prestaba especial atención a sus partes más sensibles y la comandanta no tardaba en comenzar a jadear y a retorcerse en el sofá, apretando cada vez con más fuerza mi cara contra su enardecido coño y descargando finalmente sobre mi boca sus calientes fluidos, entre gritos y espasmos de intenso placer.

Yo procuraba siempre que ella alcanzase el orgasmo antes que yo, pero cuando no era así, la comandanta se enfurecía y como humillante castigo me obligaba a colocarme boca abajo sobre sus poderosos muslos y azotaba fuertemente mis nalgas con su mano, hasta que notaba una nueva erección de mi joven verga, que ella aprovechaba para gozar otra vez de mí de la forma más tiránica imaginable.

Así transcurrió el tiempo de mi “gloriosa” contribución a la defensa de la Patria y por fin llegó el día del licenciamiento, que yo acogí con la alegría de un manumiso. Había caminado peligrosamente como

un esclavo durante todo el año al borde de un precipicio y había logrado sobrevivir, milagrosamente.

Juro por la incorrupta mano de Santa Teresa que lo que acabo de relatar es rigurosamente cierto, aunque sería muy comprensible que nadie lo creyese por lo berlanguiano de la cosa.

Han pasado ya bastantes años de aquella odisea sin tener noticias de la comandanta ni de de su cornúpeto marido, también es cierto que nunca hice esfuerzo alguno por obtenerlas.

Con el tiempo emigré de mi Jalance natal en busca de sustento y a cambio tuve la suerte de encontrar a mi pareja, a la que sigo felizmente unido; nuestros vástagos nos colman diariamente de alegrías y nuestra vida sexual es intensa y placentera... aunque para ello mi comprensiva y abnegada esposa necesite ataviarse siempre con una boina militar con estrella de ocho puntas y una camisa de camuflaje...sin nada más.

MI PECULIAR SAN VALENTÍN CON LA DAMA DEL PIRINEO

Segundo Premio de la Categoría Narrativa

Lucas Francisco Marín Ruiz

MI PECULIAR SAN VALENTÍN CON LA DAMA DEL PIRINEO

Eran días fríos de invierno, y mis compañeros y yo estábamos ansiosos por un poco de montañismo, un poco de emoción pirenaica. Hacía unas semanas que lo habíamos concretado, y se acercaba la fecha, 12 de febrero, y el parte meteorológico avisaba de frío, frío de verdad.

Fue mucha gente la que nos aconsejó que nos quedáramos en nuestra cálida tierra, pero nos pudieron las ganas. El objetivo era el pico de La Munia (3134); era asequible, con el frío sus laderas estarían bien heladas, a golpe de crampones y piolet subiríamos y bajaríamos, no habría problemas.

Cuando paramos a cenar en las cercanías de Teruel, se nos heló el alma, el gélido viento golpeaba nuestros rostros, nos miramos los cuatro, todos pensamos lo mismo, allí eran 14 bajo cero, en las cumbres se esperaban al menos 30 bajo cero, pero llamamos y proseguimos.

Ya en Huesca, en Sabiñánigo más exactamente, la guardia civil nos tomo por jóvenes que salían de fiesta, y me tocó parar y soplar; por supuesto, continuamos sin problemas, pero esto podía tomarse como un mal presagio.

Al llegar al último pueblo, nos dimos cuenta de que no íbamos a poder llegar tan lejos con el coche como pretendíamos, y así fue, tuvimos que parar a 8 km de donde habíamos planeado, pero no le dimos demasiada importancia, era terreno prácticamente llano, podríamos hacerlo aunque se nos hiciera de noche. Al menos tuvimos suerte con la temperatura, allí no hacia aire y pudimos dormir plácidamente en las tiendas.

Nos despertamos antes del alba, había que comenzar a caminar enseguida, debíamos recuperar los kilómetros de más, pero como era habitual en nosotros nos costó bastante empezar la marcha. Era 13 de febrero y comenzábamos la jornada con retraso, no era un buen augurio.

Pero no todo iban a ser malas nuevas, pues cuando salió el sol nos mostro un día maravilloso, casi irreal. No había una sola nube en el inmenso cielo azul, el aire calmado, y el sol brillaba con una fuerza descomunal, impactando con toda su energía en la gruesa capa de hielo macizo que cubría completamente las laderas de la montaña. No es que hiciera calor ni mucho menos, pero el día salió idílico, hermoso, cautivador...

Sin excesiva dificultad recorrimos el llano y llegamos a nuestro auténtico punto de partida. Las lagunas y cascadas que durante casi todo el año podían apreciarse, estaban ahora convertidas en un verdadero mar de pureza que nos mostraban todas las gamas y tonalidades posibles del blanco y azulado hielo. Un auténtico regalo para la vista.

Había llegado el momento de comenzar la subida, no había senda por la que caminar, los hitos habían quedado profundamente sepultados por la nieve, así que tocaba coger el mapa, orientarse bien, y trazar una línea por donde pareciese más conveniente. No habíamos mejorado el asunto de nuestro retraso, así que era cuestión de apretarse botas y crampones, y tirar para arriba.

El ascenso iba a ser duro, muy duro. A cada paso era vital clavar los crampones con absoluta seguridad, un mal paso podía llevar a un fatídico final. Todos teníamos la experiencia necesaria para una ascensión de esta índole, pero para Krespo y Jk era su primera ascensión invernal y eso no dejaba ni un solo instante de rondar por

mi cabeza, además, nuestro estado de forma física no era el más idóneo, ya no éramos tan jóvenes, y los malos hábitos de beber y fumar habían hecho mella en nuestras capacidades. Así que el paso era lento, pero a pesar de todo nos daría tiempo, se trataba de subir y bajar, como tantas otras veces habíamos hecho. A lo lejos podíamos contemplar el collado de las puertas, desde allí solo sería un pequeño esfuerzo más, con sumo cuidado cruzaríamos el paso del gato, y llegaríamos a la cima.

Desde allí ya podíamos observar con claridad el cordón que forman los grandes picos pirenaicos, separándonos de Francia, con toda su magnitud y su completa calma, con las aristas bien marcadas por los largos años de su existencia, jamás olvidaré aquella panorámica, poder ver en un día tan hermoso todos los grandes picos donde ya habíamos estado en diversas ocasiones: Aneto, Possets, Perdiguero... y mi preferido, el Monte Perdido, en el parque nacional de Ordesa.

La Munia es conocida como la dama del pirineo, y esto se debe a que es el único 3000 que se separa del resto de picos del macizo central, esto le otorga un aire mágico, enigmático y al mismo tiempo lo convierte en el mirador perfecto de los pirineos. Tan ensimismados estábamos mirando el paisaje que casi nos perdemos el espectáculo que nos ofrecía la madre tierra con uno de sus hijos. Se trataba de un Gyapetus Barbatus, sobrevolando nuestras cabezas a escasos metros, con sus enormes alas desplegadas al viento, con su amarillento plumaje en cabeza y cuello, el remarcado negro alrededor de sus ojos, sus tonos rojizos en todo su cuerpo y su larga cola, majestuoso, emblemático, imponente. Ya no sé si decir que éste sería el último aviso que me ofrecería la montaña, pues este portentoso ser, de la familia de los buitres, es conocido como quebrantahuesos.

Seguíamos subiendo con una duda muy seria y razonable en

nuestras cabezas, tendríamos suficiente luz para regresar a zona segura? Aunque nunca nos perdimos de vista, Miguel Ángel y yo íbamos un poco más adelantados y paramos un momento para esperar a nuestros dos compañeros, y fue en ese momento donde las pequeñas cosas se hacen importantes, pues ni siquiera sabría decir cómo o porqué mi pie derecho resbaló ligeramente. Un resbalón estúpido, el más estúpido de mi vida, pues estábamos parados, con los crampones bien anclados al hielo, no había viento, nada ni nadie me molestó... simplemente resbalé y comencé a caer. Imaginaos el tobogán más grande de un parque acuático, darle más pendiente, mas largaríe, y cambiar el agua por el hielo más puro que podáis imaginar, y me veréis deslizándose por él. Es en esos momentos de tensión, cuando tu vida está en juego, cuando es más importante mantener la calma. Y yo no lo hice. Sabía de sobra lo que debía hacer, Miguel Ángel me lo gritaba desesperado desde arriba: piolet al pecho!! Piolet al pecho!! Pero mi cerebro ya había tomado por sí solo su decisión, había lanzado un buen golpe de piolet y lo había clavado en el hielo, pero estaba muy lejos de mi cabeza y llevaba demasiada velocidad para poder remontar esa altura. Por no haber utilizado bien una técnica tan básica como imprescindible para la supervivencia en la alta montaña, el hielo se iba rajando y yo seguía cayendo. Seguía intentando con todas mis fuerzas llevar mi pecho hasta la pala del piolet, pero no podía, ni trepar por él, ni desclavarlo, en ese instante estaba sujeto al 100% a las leyes de la física. Luchaba desesperadamente por sobrevivir, pero ni siquiera sabía cuantos segundos me quedaban de vida. Era difícil, dada la situación, que algo mejorara, y así fue. El piolet se quedó clavado, pero mi mano no pudo sostenerlo, con un tremendo golpe las correas se soltaron de mi muñeca y lo perdí. Me podía haber quedado mirándolo, ahí detenido en la blanca pared, mientras yo caía, llorando, gritando o rezando a todos los dioses, pero sabía que nada ni nadie podía ayudarme, estábamos solos, yo y la montaña.

Tal vez mi vida no caminaba por sus mejores momentos, es posible

que no tuviera muchísimos motivos por los cuales vivir, al fin y al cabo, siempre he pensado que me gustaría abandonar este mundo haciendo algo que me guste, y subir montañas es lo que más me gusta. Tal vez había llegado mi momento, pero decidí vivir... o al menos intentarlo. Tal vez alguien piense que me olvide de los crampones durante mi caída, pero no es así, eso lo hice bien. Ir dotado de buenos pinchos de acero en las botas es muy útil cuando vas caminando erguido, pero cuando estás deslizando por el hielo e intentas clavarlos lo único que puedes conseguir es que comiences a voltear, haciendo si cabe, más peligrosa la caída.

Pues así estaba yo, cayendo con los pies levantados, sin poder ver que acabaría conmigo, si una pared de rocas o un vuelo repentino al vacío. Solo podía hacer una cosa y debía hacerla, darme la vuelta. Durante toda mi vida siempre he llevado la cabeza levantada, con orgullo y valentía, no iba a empezar a esconder la cara ahora que se acercaba mi final. Así que respire fuerte, reuní toda la energía que puede y giré los 180º... y la vi. No era una muralla de rocas, no era un salto hacia el vacío, solo era una roca de 65 millones de años de antigüedad situada en medio de mi tobogán.

Ahora sí, podía intentar clavar los crampones y frenarme con las manos, pero ni lo uno ni lo otro aminoraba mucho mi velocidad. No sé a cuanto iría, pero lo suficiente para que mi cráneo acabara partido en dos, eso seguro. Conforme me acercaba podía ver más claramente que podía esquivarla, solo tenía que desplazarme unos metros hacia la izquierda, y dejarla atrás. Pudiera ser, que tras rebasarla no hubiese nada más, que pudiera llegar tranquilamente hasta el llano, que solo se hubiese tratado de un tobogán precioso y nada más.

Con todas mis fuerzas intenté apartarme, pero iba demasiado rápido, como si la roca me atrajese hacia ella, no había nada más que hacer, durante la caída había hecho cosas mal y cosas bien,

como en el resto de mi vida, pero ahora ya irremediabilmente, me encontraba a las puertas de mi juicio final. Pero estaba contento, al menos sería la montaña la que dictaría sentencia y la que la ejecutase personalmente. Para mí no hubo repaso fotográfico, ni túneles, ni luces ni nada por el estilo, tan solo me dije a mi mismo: hasta aquí has llegado peregrino!! Ha estado bien. Y después la oscuridad.

Pero la diosa fortuna y la dureza de mis huesos no dejaron que fuese mi fin. Un buen orificio en la cabeza, la clavícula partida en dos, y media cara abrasada por el hielo fueron mis regalos de San Valentín. Estaba vivo y alegre, más alegre que en toda mi vida. Mis compañeros bajaron, el helicóptero subió y tras dos días en el hospital volví a casa, eso sí, con una cuenta pendiente con la Dama del Pirineo.

Dedicado a mis compañeros de montaña, a Miguel Ángel y JK que descendieron a la búsqueda de cobertura, y aunque no lo vi, seguro que arriesgando demasiado, y a Krespo, que se quedó conmigo, con un moribundo a 2000 metros de altitud, y como podéis imaginar pasar la noche allí no era una opción. Gracias y volveremos.

LOS DÍAS. NO SÉ CUÁNDO... PERO LO SÉ

Trinidad Martínez Ávila

LOS DÍAS. NO SÉ CUÁNDO... PERO LO SÉ

I. Accidental

La calle, flanqueada de fachadas multicolores, se ahoga entre las paredes macizas de una vieja posada y un bar que se rindió a los años. La carretera abre sus despertares al Cerro Monegre y a la fuente de los cuatro chorros que parece haberse congelado en el tiempo.

La calle del Ribazo, de un subir agradable, frena sus miradas en una falsa pimienta que decora la plaza con ambición de espacio.

-Subo las escaleras acelerando el pulso, en busca de un café con leche y una tostada. Es temprano y soy el segundo. Hacía tiempo que no frecuentaba este bar, aunque he de considerar el hecho de que siempre he querido ser el espectador de las tertulias de nuestros mayores, para confirmar el hecho singular de que la historia siempre se repite. La persona que atendía, ya no era la misma, una mujer alta y delgada que recordaba haber visto en alguna terraza de verano estaba detrás de la barra. Después de leer el periódico regresé a la casa pensando que aquel sería el itinerario de más días.

El huerto de la casa parecía haber brotado de sus cenizas. Los riegos continuos al atardecer, el movimiento de la tierra y la extracción de las malas hierbas le habían declarado la guerra a los grises, dejando una escala de verdes aderezada con azules procedentes de flores cuyo nombre desconozco.

-Después de una cena improvisada y rutinaria, me afianzo en la barandilla que separa el huerto de la casa y me fumo un cigarro aromatizado con el olor a tierra mojada y jazmín, de paso paseo mis pupilas por el cielo, aprovechando la escasa contaminación lumínica, y me dejo seducir por la bóveda cenital que ampara nuestra inocente armadura.

La cámara es mi refugio preferido, quizá porque sólo hay espacio y algunos aperos y utillajes de tiempos pasados, aunque sospecho que la finalidad tiene que ver con esa soledad que diariamente necesito para aliarme con algún desencuentro.

II. El contacto...

Una superficie brillante de acero inoxidable puede resultar fría, pero cuando es la única barrera que separa los sueños de la realidad, acaba por ser el único punto de apoyo desde el que establecer un contacto, que te aíse del mundanal ruido. Eso es para mí la barra del bar donde está la persona que ha memorizado mi subconsciente. Desde el taburete, mi posición es elevada. Puedo verlo todo, puedo expresarme sin que mis palabras lleguen a oídos ajenos. No parece lo que es, pero es lo que parece. La televisión del fondo me recuerda lo que decía con ironía Groucho Marx, “la televisión me parece muy educativa. Cuando alguien la enciende, me retiro a la otra habitación y leo un libro”. Realmente siempre he pensado que es parte del ruido de fondo.

-Es hora ya de presentarme, y conocer el nombre de la mujer alta y delgada. Las conversaciones comienzan a tener un punto de

encuentro, el anonimato ya es cosa de otros días, algunos vicios son comúnmente placenteros y la parroquia de yayos parece estar al margen del cuadro, aunque no estén fuera del paisaje. La nueva formación política que arrasa en las encuestas llena nuestros diálogos. Lo que yo intento explicar en muchas frases, ella lo mimetiza con tres o cuatro palabras, exactas, suficientes, de mensaje fácil, sin estorbos inútiles. Delante de mí se interpreta la realidad que muchos confundimos, la inteligencia va por un camino y la adquisición de conocimientos va por otro, aunque todo ayude. Isabel es la suma del talento y el análisis pragmático del entorno, ha conseguido establecer la relación adecuada con el micro mundo que la rodea sin perder de vista el planeta.

III. Un día diferente.

Me había propuesto dar unos brochazos de cal a la bodega. Hacía ya unos días que los albañiles habían terminado de echar un piso de cemento donde antes sólo había tierra, al mismo tiempo que se ocuparon de cercenar todo lo que resultaba inútil. Lo inútil resulta ser lo que define más apropiadamente la bodega. Una especie de lagar donde se pisaban las uvas para el suministro de vino doméstico, ha acabado siendo un agujero para tirar escombros. Las tinajas empotradas en una de las paredes que rezumaba humedad por todas partes, eliminadas. Los poyos que actuaban como bancos de piedra y yeso pegados a otra de las paredes, fulminados. Lo único original que ha quedado es la bóveda, construida con cañizo y yeso, en la que todavía están pinchados lo que algunos llaman clavos de Cristo, necesarios para colgar desde ristras de ajos, cebollas,

jamones y otros alimentos que necesitaban una temperatura constante, vamos las neveras de antaño. No estoy seguro pero tengo que comprobar si la temperatura media es la misma. La verdad, una cosa es lo que quieres, y otra lo que tienes que hacer para conseguirlo. Tardé dos días en blanquear aquella superficie, y aún me quedó la duda si debería haberle dado una mano más de cal.

-Las visitas al bar ya se habían convertido en algo habitual y cotidiano, eran los momentos perfectos del día, un regalo para la vista, una conversación distendida, un esperar la hora de fumar, un micro mundo al que acudir para compartir ideas y creencias. Todo acababa a las ocho de la tarde, pero aquel día cuando me disponía a bajar por aquellos largos escalones, oí la voz de Isabel preguntándome si quería ir a tomar una cerveza. No reflexioné mucho la respuesta, pero me salió un “sí” algo dubitativo. No lo esperaba. Bajamos hacia el Chines por el camino más corto, y casi en un abrir y cerrar de ojos, estábamos tomando una cerveza en la pequeña terraza que da a la espalda del local, donde apenas coge una mesa y dos sillas.

IV. Al abrigo del frío.

Las luces multicolores de Navidad permanecen en el mismo sitio, cuando ya rozamos las últimas fechas de Enero. La calle Mayor serpentea dividiendo al pueblo en dos mitades asimétricas en espacio y tiempo. A las seis y media de la tarde, el sol ha echado el telón, la temperatura ha caído con estrépito y algunas ráfagas de aire se escapan entre las esquinas de los callejones, obligándome a

buscarle cobijo a mis manos y a mi rostro. Sólo hace unos meses y a horas más tardías, este mismo escenario estaba repleto de murmullos, color y ruido de cristal. En realidad era el perfecto escaparate donde había que vencer la timidez, para adentrarse en el recorrido de sus espejos. Las sillas de los bares invadían las aceras sin vergüenza, configurando la primera línea de infantería desde la que se ataca cuerpo a cuerpo. Las dudas se resuelven con preguntas directas; De quién es este?, Sabes quién es?, Lo has visto por aquí? Y las respuestas son concretas, aludiendo siempre a orígenes fraguados a lo largo de generaciones, donde los apellidos sobran, y el carnet de identidad se reduce a un nombre y un mote.

Ahora esos meses están ya en el retrovisor de mi conciencia. Parece que el frío se ha aliado conmigo para que nadie se atreva a ningunear la razón de mi último refugio, que ocupa mis horas con descaro.

-Cualquier motivo sobra para acudir a una cita a la que yo soy el único invitado. Dice la canción que fumar es un placer, yo creo que también es un vínculo para conocer y estrechar amistades. Por eso aprovecho la ocasión, para hablar, escuchar, disfrutar del sol y comprobar que como decía Machado “hay que amar todo lo que ellas puedan tener de hospitalario”.

V. Dos y Tres.

Ramiro, un caso perdido, o alguien que se perdió en el ocaso. No lo sé. Tampoco importa mucho lo que yo puede opinar, las referencias del presente sólo indican cierto caos llevadero, sin pretensiones

maximalistas. La primera vez que hablé con él, entendí que el pasado es su fuente de inspiración para lo bueno y no tan bueno, y de todo ese anecdotario siempre surge la conexión con el chiste que provoca carcajada. Sus días de inspiración musical siguen estando sujetos a sus gafas oscuras, sus mezclas, su programa mejorado del pc, las luces de neón que ahora son de los chinos, y una mesa donde puedes encontrar ceniceros a rebosar, una trituradora de cannabis, papel de liar, algún vaso vacío o medio lleno, tabaco y alguna cosa más que mi memoria no alcanza recordar.

Un cortado, una rubia sin y un bombón con unas gotas de whisky acompañaban nuestra tertulia cuando rozaban las siete p.m. en el bar, despejado ya de yayos. Ahora tocaba relajarse. Isabel terminaba de liarse los cigarrillos que minuciosamente guardaba en una pitillera preciosa, con un toque retro. Sin pretensiones Ramiro había expresado la posibilidad de cenar en su casa aquella noche. Lo que en principio fue, supongo, un dejar caer –podemos cenar en mi casa-, se convirtió en –otro día podemos cenar en la mía-, y a continuación surgieron de la chistera cocinillas, y algo más en el caso de Isabel, que terminaba poniendo un poco de orden en temas culinarios. Con seguridad y conocimiento de causa Isabel abundaba en la gastronomía tradicional de la zona. Yo no había pasado de los gazpachos, el ajitonto y el cocido que hacía mi abuela. He de decir que no he vuelto a probar un cocido como aquel, unos dicen que era el agua, otros la carne, las patatas, los garbanzos. Yo creo que era una suma de todo, y sin lugar a dudas el toque más relevante era el elevado tiempo de cocción, junto al aroma inconfundible de las pencas.

VI. Calles vacías

La noche larga de este invierno frío ampara la tempestad de mis sentidos, cuando te busco en la estación abierta, de este tren que casi siempre llega en punto. Apareces a medio camino entre la puerta del tren y la salida del apeadero desprovisto de refugios. Alta y delgada como tú eres, dejando que el viento descubra tu rostro. Y me lleno de tu abrazo y de tus besos y aprecio tus encantos como si fuera el primer viernes de una semana que solo tiene tres días. Me estrello en esos ojazos que aún no puedo adivinar, me detengo en tus labios hasta que la razón me lo permite, dejando la pasión para momentos más propios del encuentro. La indecisión en la mesa dura pocos segundos, y después de saciar hambres y costumbres, andamos por esas calles vacías con medias luces provistas de su intención finalista.

UNA NOCHE MÁGICA

Désirée Tejedor Yepes

UNA NOCHE MÁGICA

Era un día caluroso, el solsticio de verano, ese día en el que el sol llega a su máxima dominación sobre el cielo, dando paso a una noche mágica; además, ese día la luna estaría llena.

Estaba sola en Búcar, en nuestra pequeña casa de campo al lado del río Júcar; mi pareja se había ido a la capital. Bueno, lo de sola es relativo, tenemos unos cuantos animales.

Había sido un día tranquilo, había recogido las verduras y los frutos del campo, y también los huevos, había adecentado la casa, había jugado con los perros en el río y ya se acercaba el ocaso. Era cuestión de prepararse la cena para poder cenar fuera y contemplar el espectáculo que cada día nos ofrece nuestro mundo, pero que en esta noche tiene un matiz más mágico, más energético, más espiritual.

Me preparé una rica tortilla de cebolla y ajos tiernos, los últimos de la temporada primaveral, me tumbé en la hamaca y me dispuse a cenar tranquilamente. El gato y los perros estaban tumbados a mi lado, los tres descansaban plácidamente. Los últimos rayos de sol golpeaban en la ladera del pico Alcola, al mismo tiempo que la luna en toda su plenitud asomaba por encima de él. Un juego de luces armonioso y perfecto. Fue entonces cuando un repentino escalofrío recorrió mi cuerpo y me di cuenta de que los animales se habían levantado y se dirigían al río, los tres juntos, contentos, moviendo sus colas. Me levanté y los llame, pero ellos ya estaban junto a la

puerta del cerco exterior, esperando que les abriese. No necesitaba coger la linterna, la luna alumbraba la huerta casi como si fuese de día, además, parecía que el río reflejara la luz, pues de él emanaba un llamativo resplandor.

Me dirigí hacia allí sin dudarle, pero conforme me iba aproximando al cercado más me extrañaba. Ya llevamos unos cuantos años aquí viviendo y el río ha cambiado mucho debido a las largas jornadas que nos hemos pasado limpiándolo y replantándolo, me lo conozco bien, a todos sus habitantes arbóreos y a todos sus visitantes diurnos y nocturnos. Había algo diferente en él; nosotros habíamos conseguido convertir un cenagal en un río hermoso, pero esto era distinto, su hermosura era distinta. Una atmósfera vital rodeaba el lugar.

Al abrir la puerta los animales salieron corriendo hacia la senda que lleva a la cascada, los llamé, pero no hicieron caso. Ya era completamente de noche, pero la claridad era más evidente conforme más me adentraba en la espesura del río. Es normal que en las noches de luna llena, las hojas de los chopos brillen, pero este brillo no era normal. Bajé por la senda hasta las mismas aguas del Júcar, y allí comencé a notarlo, mi piel estaba brillante, suave como la seda, estaba más viva que de normal. Al asomarme al cauce quedé estupefacta, podía ver hasta el fondo sin ningún problema, bancos enteros de peces, tortugas, serpientes... todos marchaban río arriba. La luz resplandeciente que emanaba del agua se convertía en millares de luciérnagas, las ramas de fresnos, tamarits y chopos se movían libres sin viento. Aunque no podía creerlo, era evidente: el río estaba vivo.

Estaba estupefacta, pero me sentía bien, exageradamente bien. Me dirigí hacia la cascada, algo me decía en mi interior que fuera lo que fuese que estuviera pasando, estaba allí. A cada paso algo nuevo me sorprendía, una ardilla, un búho, unas cabras... todos habían sido llamados y todos acudían. Y al llegar, una luz blanca me cegó por completo, no podía ver nada, pero podía escuchar una voz femenina, un canto angelical. No entendía que decía, pero al parecer los animales sí, pues todos ellos acompañaban el canto con sus propios sonidos. Entre ellos, podía distinguir los aullidos de la Trufa y de Filius, y también el suave maullido de Sauron. Poco a poco fui recobrando la visión, y allí estaba ella, sentada sobre la piedra a los pies de la cascada, donde tantas horas he pasado yo meditando. Era hermosa, de piel oscura y pelo largo, con unos ojos brillantes, verdosos. Estaba desnuda, los animales cubrían su cuerpo, todos la adoraban. No podía ser de otro modo, pues se trataba de Gaia, diosa de la naturaleza.

CATEGORÍA POESÍA

¿QUÉ ES HERMOSO EN ESTE MUNDO?

Primer Premio de la Categoría Poesía

Désirée Tejedor Yepes

¿QUÉ ES HERMOSO EN ESTE MUNDO?

Ando perdida en mi pensar
¿qué es hermoso en este mundo?

No es el hierro ni el acero
no están vivos, son oscuros.

Ni el hormigón ni el asfalto
no traen vida, solo humo.

Ni móviles ni tabletas
no se comen, no dan zumo.

Camino alegre entre flores
no soy una de los suyos,
amo las cosas que crecen
no esos trastos del futuro.

Cuanto me gustaría ver
un inmenso cielo puro,
un gran bosque inacabable
y yo sola al lado tuyo.

FIN DE LA HISTORIA

Segundo Premio de la Categoría Poesía

Miguel Silvestre Llamas

FIN DE LA HISTORIA

Perdida en el tiempo quedará esta historia.
Un soplo de viento que detiene el tiempo,
haciendo quedar mudos los relojes; inmóviles.

Realmente somos Venus y Marte:
tú vives en el reflejo de tu espejo,
y yo en la lucha contra mí mismo.

Como un yugo se parte en dos,
como un árbol que se desprende de sus hojas secas,
como una vela cuya llama se va consumiendo,
como un barco de papel se hunde en un charco:
así se ha cerrado nuestra breve historia.

Una historia que no correrá de voz en voz,
una historia como la lluvia que golpea las ventanas,
una historia que se hundirá en el barro,
una historia que no cantarán más las liras:
así estará esta historia: callada y muerta.

Como un hierro candente quedará
en mis lágrimas grabada esta historia, pero
por ser princesa no debes esperar en tu torre
a que llegue el beso redentor de tus deseos;
fuera de tu refugio es donde encontrarás mayor cobijo.

A tu favor tocan las campanas a los cuatro vientos,
y no te preocupes por mí, estoy acostumbrado
a regar las flores que en mis manos morirán.

Yo debo seguir con mis andanzas, a galope
de mi desgracia, luchando contra cielo y mar,
retando a la tierra para encontrar mi lugar en ella.

Hazme caso, busca tus deseos y sueños,
el reloj de arena no se para, y un día
su arena nos enterrará y seguirá cayendo.

LA CASA DE SEGUNDO

José Navarro Poveda

LA CASA DE SEGUNDO

Fruto de una expropiación
en la variante de Cofrentes,
se ejecuta la sentencia
un veinticinco de noviembre.

El objetivo una casa,
Ferrer ordena el derribo,
camiones y maquinarias
son del suceso testigo.

Todos pensamos lo mismo,
será una chabola en ruinas,
se habrán podrido los palos,
y se irá por las esquinas.

Comenzamos la partida
por la vía de servicio,
y frente a la nuclear,
se prepara el estropicio.

Yo me quedo perplejo,
mis ojos no comprendían,
como puede el ser humano
hacer tal carnicería.

Situada junto a un risco
que vigilante acechaba,
testigo fiel de leyendas
y de historias milenarias.

Junto al risco una palmera
se protegía del viento,
resguardándose del frío
y del rigor del invierno.

Ella ofrecía su sombra
en el cálido verano
a aquellos que con su esfuerzo
en su huerto la plantaron.

Junto a ambos una casa
de moderna construcción,
era el lugar de reposo
de aquel viejo agricultor.

Conocido por Segundo
y acostumbrado al trabajo,
pocas cosas no cedían
a la fuerza de sus brazos.

A él nada le regalaron,
nada le cayó del cielo,
lo que tuvo era el fruto
de su constancia y anhelo.

Pero llegó la variante,
el derribo era inminente,
y decidieron aquellos
que se creen inteligentes.

Aquellos que no se enteran,
los que viven en su mundo,
a los que nada les importa
los esfuerzos de Segundo.

Yo me hundía en la tristeza,
sin enterarme de ná,
decían que eso se hacía
por interés nacional.

Pero que leches me cuentas,
si esa casa ya no estorba,
si aquí se ha acabado el trabajo,
y ya no queda más obra.

Pero el derribo era cierto,
me sentí como un profeta
predicando en un desierto.

Pensé en todos aquellos
con despachos en Valencia
que me usaban de verdugo
para tapar su incompetencia.

La giratoria alzó el brazo
y yo contuve mi asombro,
lo que antes fue una casa
se convertía en escombro.

Aquí se acaba la historia
ante tanto chapucero,
el sueño de Segundo Talens
terminó en un vertedero.

UN AMANECER EN JALANCE

Miguel Silvestre Llamas

UN AMANECER EN JALANCE

Tu amanecer anaranjado reluce en el valle,
y no es precisamente protagonista el silencio:
el aleteo del vencejo viene acompañado
de su ostentoso clamor, y no menos,
las chicharras cantando al sol
bellas canciones al unísono;
así cantan tu llegada.

Peina el sol al castillo,
peina el sol a las huertas,
peina el sol a los tejados,
pero a nosotros, en sus brazos
fulguerosos nos abraza.

De forma tan caprichosa
han venido los pinos a nacer,
floreciendo de la tierra a crecer,
rozando con sus copas el cielo
y con sus raíces abrazando el suelo.

Juega la brisa con las ramas:
las zarandea a su mera voluntad,
y cuando el sol las quema; las besa.

Y yo, recordando esto
que he visto con mis ojos,
recuerdo tu piel, el paisaje,
¡cuántas las veces que lo he acariciado!
y los paseos por el castillo
con su historia bajo mis pies,
y no ha sido mayor mi deseo
plasmar cómo despiertas.

SONETO A MI NUEVO HOGAR

Lucas Francisco Marín Ruiz

SONETO A MI NUEVO HOGAR

Tres mil años de violentas batallas
entre íberos, romanos, musulmanes,
del reino de castilla o catalanes,
mucho sangre enemiga en sus murallas.

Su castillo, magnífica atalaya,
sus cuevas y ríos son talismanes,
sería tierra de grandes chamanes,
Jalance es señorío, no vasalla.

Povedas, Mínguez, también Tejedores,
gente culta, amable, divertida,
dulces sus damas, rudos sus señores.

A gran lugar me ha traído la vida,
sus tierras bañaré con mis sudores,
jalancino me sentiré enseguida.

FLOR DE TERCIOPELO

Encarna Tornero Gallego

FLOR DE TERCIOPELO

Como flor de terciopelo
eres tú.

Cálido y suave
fresco y natural
con tu belleza
todo llenas.

Tienes mirada ingenua de niño pequeño
miras, sin querer mirar
pero tus ojos, todo lo dicen.

La cara se te enciende
de rosa púrpura y un loco latir, notas dentro de ti.

Miras, sin querer mirar.

Das todo, sin dar nada y un fuego intenso,
te quema por dentro.

Quieres, hasta morir.

No sabes si llorar o reír.

Suave como el terciopelo.

Acaricias sin acariciar,
y un profundo latir, sientes dentro
muy dentro de ti.

LAS FIESTAS DE JALANCE

Carmen Gozávez Pérez

LAS FIESTAS DE JALANCE

Esta noche me he desvelado
no me puedo dormir
he cogido el bolígrafo
y me he puesto a escribir.

Voy a hablar de las fiestas
y no sé que poner
pero en un rato
me lo pensaré.

En Enero vienen los Reyes Magos
que nos traen regalos
a los que han sido buenos
y también a los que han sido malos.

Luego es San Antón
encendemos una buena hoguera
para asar chuletas
y patatas al montón.

En Febrero es San Blas
junto con la Candelaria y demás
y en Marzo son las Fallas
de Jalance no te vayas.

Hacen una buena paella
y los gazpachos no están nada mal
los hacen caldosos
para mojar pan.

En Abril es la Pascua
nos vamos a merendar
y nos comemos la “mona”
y saltamos a la comba sin parar.

En Agosto es la Asunción
nos vamos a la procesión
son las fiestas de verano
que ya han llegado.

En Septiembre es San Miguel
Patrón de la Iglesia
nos hacen rolletes
con una masa bien hecha.

En Octubre es el Pilar
hacen una exposición
la gente vende sus cosas
con mucha ilusión.

Y en Diciembre es Navidad
se acaba el año
nos comemos las uvas
y lo pasamos genial.

Voy a terminar
se me va la imaginación
a estas horas de la noche
no tengo inspiración.

VOY BUSCANDO

Encarna Tornero Gallego

VOY BUSCANDO

Voy buscando a ese Dios a veces sordo, ciego y mudo.
Esperanza de los pobres y marginados por la vida.
Al que no se deja ver cuando el camino no conduce a ninguna parte.
Al que no quiere oír los gritos sin esperanza de los que sufren.
Al que no quiere escuchar las voces pidiendo justicia.
Quiero ver, escuchar y oír al que suplicamos en silencio.
Al que confiamos todos nuestros pensamientos.
Al que añoramos conocer.
Al que todos llevamos dentro.